# Pasado, presente y retos de futuro. Debate con motivo del Día de Europa[1]

**Pablo Martín-Aceña, Mercedes Cabrera, Tomás de la Quadra-Salcedo, Paula Martín, Sonsoles Ginestal y Leia Jiménez**

**Pablo Martín-Aceña**

El 9 de mayo marca cada año el día de Europa. En esa fecha de 1950, Robert Schuman, alemán nacido en Luxemburgo, nacionalizado francés y ministro de Asuntos Exteriores de la República francesa, pronunció un clarividente discurso que hoy conocemos como la declaración Schuman. Decía:

> La paz mundial no puede salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan. La contribución que una Europa organizada y viva puede aportar a la civilización es indispensable para el mantenimiento de unas relaciones pacíficas […]

Y añadía: «[…] Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho. […]».

De inmediato propuso la creación de una Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Fue el primer paso hacia lo que hoy conocemos como UE.

Un segundo paso de gran transcendencia fue la constitución, en ese mismo año de 1950, de la Unión Europea de Pagos que, desde el punto de vista económico, fue esencial para terminar con los controles de cambio y con la fragmentación monetaria del continente. Más definitivo fue la firma del Tratado de Roma en 1957, punto de partida del Mercado Común y, luego, la Comunidad Económica Europea. Tres décadas después llegó el acuerdo del Acta Única (1986) y casi de inmediato el Tratado de Maastricht y el nacimiento de la UE (1992), nuestra patria común con otros pueblos del continente desde hace treinta años. Y, por fin, la Unión Económica y Monetaria de 1999, que completa –hasta ahora– el círculo de tratados que son la base del ordenamiento jurídico europeo.

[1] Este artículo recoge las intervenciones, editadas por sus autores, del debate «Europa: pasado, presente y retos de futuro», celebrado en la Residencia de Estudiantes de Madrid el 9 de mayo de 2022, con motivo de la celebración del Día de Europa.

Pero ¿qué es Europa? Nos lo ha explicado en pocas palabras George Steiner:

> Lo que define la idea de Europa son cinco elementos: los cafés repletos de gentes y palabras, donde se habla, se debate, se conspira y se escribe poesía. Una geografía a escala humana, donde se puede pasear por paisajes civilizados sin obstáculos naturales infranqueables. Las calles y plazas de ciudades con memoria, que llevan los nombres de nuestros grandes estadistas, científicos, artistas y escritores del pasado. Una herencia compartida que procede de Atenas y Jerusalén, es decir, de la razón y de la fe; y por fin, una inquietante sensación de la temporalidad de nuestra civilización, de su inseguridad y de su carácter perecedero. Europa es un amplio espacio laico y democrático donde prevalece el respeto a las ideas y a los derechos humanos y donde el área ocupada por la intolerancia, la pobreza y las epidemias se ha reducido, aunque persisten grandes bolsas de odio étnico, miseria y enfermedad.

¿A quién se le ocurrió la idea de una posible la UE? No lo recuerda mucha gente, pero fueron los estadistas americanos, finalizada la Segunda Guerra Mundial, los que dijeron: «Esto no puede volver a pasar. La guerra ha ocurrido como consecuencia de la fragmentación política y económica de los pueblos que comparten un mismo espacio, un mismo territorio; una fragmentación consecuencia del Tratado de Versalles de 1919 y de la Gran Depresión».

Cordell Hull, el entonces secretario de Estado del presidente de los Estados Unidos Franklin D. Roosevelt, dijo: «aquí lo que hay que hacer es persuadir a vencedores y vencidos de que se tienen que unir». Es cierto que otros, como el secretario del Tesoro, Henry Morgenthau, pensaban de forma diferente. Propuso que Alemania quedara fuera de la unión, aislada, controlada por los aliados, empobrecida, sin capacidad económica o militar para desatar un nuevo conflicto. Perdió la partida. Roosevelt se inclinó por Hull, y también lo hizo Harry Truman, que apoyó a los siguientes secretarios de Estado en la idea de una Europa unida. Uno de ellos, quizá el más brillante, el general George Marshall, fue quien diseño el European Recovery Program, más conocido como Plan Marshall. Ahora bien, debe recordarse que el Plan Marshall incluía una cláusula de condicionalidad. Exigió que la ayuda económica fuese acompañada de cooperación en el ámbito político entre los países beneficiarios y sería destinada a países democráticos, respetuosos de la propiedad privada y del libre mercado. Además, los recursos que el Plan Marshall canalizase hacia Europa, debían administrarlos los europeos de manera conjunta. Se abrió una oficina en París, que todavía se puede visitar, en la plaza de la Concordia. Y así, en 1948, comenzó a funcionar la oficina con el nombre de The Economic Cooperation Administration (la Administración de Cooperación Económica). Sin esa cooperación, los fondos americanos no hubiesen sido aprobados por el Congreso de Washington.

*Brexit,* por Banksy. Dover, Reino Unido, 2017.

Los americanos no fueron, desde luego, los únicos protagonistas del proyecto de UE. Gentes con mente abierta, con visión a largo plazo, pensaron lo mismo. Para la historia han quedado los nombres de Alcide De Gasperi, primer ministro de Italia; Paul-Henri Spaak, ministro de Exteriores de Bélgica; Johan Willem Beyen, el promotor del Benelux (la Unión entre Bélgica-Luxemburgo-Países Bajos), y también Jean Monnet, político, financiero, banquero y hombre de negocios que construyó –por así decirlo– los mimbres de los programas económicos de la Administración de Cooperación Económica. Sin olvidar a Schuman.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero con la perspectiva de casi setenta y dos años desde aquel discurso de 1950, podemos afirmar que el proceso de unión y cooperación europea ha sido un éxito total. La presidente del Parlamento Europeo decía recientemente: «la UE no es un accidente en la historia, está aquí para quedarse». Ha logrado unir a regiones y países que han estado permanentemente en guerra; ha ayudado a países –por ejemplo, del sur– a salir de la miseria y la pobreza; ha ayudado a la conversión de dictaduras en democracias; ha creado un espacio privilegiado, próspero y de convivencia entre veintisiete países, con una sola y lamentable pérdida: la del Reino Unido. En ocasiones nos olvidamos de lo que significa volar a París, Roma, Atenas o Helsinki sin necesidad de mostrar el pasaporte ni vernos obligados cambiar moneda, y sentirnos protegidos porque somos ciudadanos de la UE.

Mercedes ¿tú que piensas?

**Mercedes Cabrera**

Muchas gracias, Pablo, por la invitación. Siempre es un placer celebrar la UE. Voy a complicar un poco esta cabalgada optimista que ha hecho Pablo, porque creo que ahora mismo es imposible olvidarnos de que estamos viviendo una situación difícil. No lo digo yo. Ayer, Jürgen Habermas escribía un largo artículo en *El País* hablando de lo que él llama «la estridente polémica en Alemania sobre qué hacer con esta guerra que tenemos encima»[2], y creo que es un momento de pararse a pensar. Además, hoy, 9 de mayo de 2022, es un día de coincidencias, porque no solamente es el Día de Europa y celebramos lo que Pablo acaba de contar, sino que también ha acabado la conferencia que ha puesto en marcha una UE con vistas al futuro y hemos oído al presidente ruso Vladimir Putin celebrando la victoria sobre Alemania en la Segunda Guerra Mundial. Quiero decir que es un día que precipita muchas cuestiones.

Voy a mencionar simplemente cuatro que tienen que ver con un recorrido mucho más largo en el tiempo del que Pablo ha mencionado, pero podrían referirse a lo que

[2] Jürgen Habermas, «Hasta dónde apoyamos a Ucrania», en *El País,* 7 de mayo de 2022. Recuperado de https://elpais.com/ideas/2022-05-07/hasta-donde-apoyamos-a-ucrania-habermas-el-gran-intelectual-aborda-el-dilema-de-europa.html.

está pasando ahora mismo. Mark Mazower, un buen historiador de los Balcanes y de las relaciones internacionales, escribía hace poco en *Financial Times* un artículo sobre «La larga marcha de Europa hacia la paz». Comentaba allí que las encuestas realizadas recientemente a los ciudadanos europeos concebían la posibilidad de una guerra como un anacronismo, es decir, como algo que pertenecía a un pasado ya definitivamente desaparecido. Sin embargo, incluso, aunque olvidáramos lo que pasó en los años 90 en los Balcanes –porque parece que lo hemos olvidado–, tenemos ahora una guerra abierta. Quiero referirme a cuatro cuestiones que tienen que ver con esto y con la situación actual, siguiendo lo que Mazower apuntaba en su artículo y que podría tener que ver con lo que Habermas dejaba también abierto al final del suyo. Voy a plantear, muy rápidamente, cuatro temas: uno es Europa y la guerra; el segundo se refiere a Europa como continente de naciones soberanas, pero también de imperios; el tercero, la posición de Europa en un orden internacional que ha cambiado mucho, no tanto en relación con el momento al que se ha referido Pablo, sino mirando más hacia atrás y hacia delante en la historia y, por último, me referiré a lo que seguimos considerando como los valores occidentales, que son los que encarna de alguna manera la UE.

En relación con el primero: Europa y la guerra / la guerra y Europa, Europa es la madre de todas las guerras. Lo fue antes de que consiguiera terminar con el imperio napoleónico en 1815. Es el primer momento en el que en Europa dejó de estar en guerra con una paz en la que el vencido fue Napoleón, y no Francia. De las guerras napoleónicas se salió con unas negociaciones de las cuales formó parte Francia. Una diferencia notable con lo que pasó un siglo más tarde, después de la Primera Guerra Mundial, cuando en el Tratado de Versalles no fue el Káiser, sino la nación alemana, la considerada culpable del inicio de la guerra. No solo no intervino en las negociaciones, sino que fue castigada y humillada, y de ahí viene –bueno, de ahí y de más cosas– el revisionismo que encarnó Hitler en los años 30: el rechazo del tratado de Versalles y el intento de volver atrás. En 1945, los derrotados –los países del Eje– tampoco estuvieron en las negociaciones de paz, y el inicio de ese nuevo mundo en 1945 no dejó de plantear dudas, precisamente porque no hubo esa voluntad de acuerdo incorporando a los derrotados en la guerra. Y la siguiente fecha sería 1990, la caída del muro de Berlín, la caída del bloque soviético y la desintegración en un año de la Unión Soviética. Fue otro momento de perspectivas optimistas porque también hubo negociaciones. Gorbachov habló entonces de la «casa común europea», y hubo una voluntad de acuerdo entre los países occidentales y Rusia para mantener un diálogo y poner orden en el mundo que nacía entonces. En 1990 parecía que la paz por fin había llegado. Es verdad que algo así se pensó al final de la Segunda Guerra Mundial, pero el círculo se cerró en los años 90 y de Europa desapareció –aparentemente– la posibilidad de una guerra, a pesar de lo que ocurrió en los Balcanes.

Segundo tema: Europa como cuna de las naciones soberanas. En Europa nació la idea de las naciones soberanas libres, independientes, pero fue también una cuna de imperios. Hubo imperios en Europa hasta la Primera Guerra Mundial, cuando fueron derrotados y desaparecieron el imperio alemán, el imperio austrohúngaro y el imperio zarista ruso. Se creó la Sociedad de Naciones, y se supone que entramos en un mundo de naciones soberanas; sin embargo, dentro de la propia Europa seguía habiendo vocaciones imperiales. La hubo en la Alemania de Hitler y en la Rusia de Stalin, y muchas potencias europeas mantuvieron sus imperios fuera de Europa. La tensión entre la existencia de naciones soberanas como protagonistas y la persistencia de los imperios sigue ahí. Incluso hay autores que consideran que la UE es una especie de formación imperial, cuando en realidad es una construcción política peculiar y evidentemente distinta de los imperios tradicionales. En cualquier caso, esa tensión entre soberanía nacional y un orden superior –llamémoslo imperial o como se quiera– ha estado ahí siempre y sigue estando ahora, porque forma parte del propio funcionamiento de la UE.

Tercera cuestión: Europa en el orden internacional, en el mundo de las relaciones internacionales. El siglo XIX, como todos sabemos, fue el siglo de la hegemonía europea. Europa, que era el extremo del gran continente euroasiático, conflictivo y marginal, se convirtió en el origen de la gran expansión, de las grandes transformaciones, y llegó a ocupar el 80 % del mundo. Se convirtió en potencia hegemónica no solamente por razones económicas y militares –que también–, sino por razones culturales. Los valores europeos –y el mundo político europeo– fue emulado, copiado, envidiado en muchas otras regiones del mundo que tenían civilizaciones ancestrales. De ese siglo XIX europeo se pasó a un declive progresivo de la hegemonía europea –que es ya muy claro después de la Primera Guerra Mundial, y todavía más después de la Segunda Guerra Mundial– y Europa, en ese proceso de unión que ha contado Pablo, se insertó en el contexto de un mundo dividido en dos bloques y de una Europa dividida. Es decir, que el proceso de integración europea nació con una Europa divida en dos, en un mundo de bloques enfrentados. Y en 1990, como decía antes, la desaparición de uno de esos bloques se hizo en un contexto optimista porque hubo, inicialmente, una voluntad de acuerdo que duró más o menos la década de los 90.

Hace poco, en una conferencia, Javier Solana recordaba los acuerdos que salpicaron los años 90 y que trataron de mantener esa negociación entre el mundo occidental y el bloque exsoviético. El colapso de la Unión Soviética fue un acontecimiento de una dimensión difícil de exagerar, porque en la historia habían desaparecido otros imperios, pero probablemente ninguno lo hizo sin que hubiera habido una guerra. La Unión Soviética colapsó y su desintegración se vio con optimismo porque hubo conversaciones incluso el año 1996, que culminaron con la cumbre de la OTAN en

Madrid al año siguiente. Javier Solana era entonces secretario de la OTAN, y contaba aquellas negociaciones con Rusia para que aceptara y entendiera –y lo hizo– la incorporación a la OTAN de tres países del antiguo Pacto de Varsovia. La primera ampliación de la OTAN se hizo con acuerdo. Sin embargo, a partir de finales de los años 90, ese mundo de conversación abierta, que dio lugar incluso a negociaciones bilaterales entre la OTAN y Rusia y entre la OTAN y Ucrania –con la que hubo un pacto bilateral–, pareció olvidarse cuando a comienzos del siglo XXI una serie de acontecimientos obligaron a Estados Unidos a mirar hacia otro lado. Los atentados de las Torres Gemelas y lo que supusieron para la política exterior norteamericana llevaron a que esa voluntad de acuerdo con Rusia pasara a ocupar un lugar secundario. Al mismo tiempo, en Rusia irrumpió un nuevo personaje político –Vladimir Putin– que consideró la desintegración de la Unión Soviética como el mayor desastre de la historia de Rusia, y pensó que había que revertirlo. Estamos de nuevo ante una política revisionista.

Y cuarto punto: todo esto se complica todavía más porque no solo han cambiado las cosas en el ámbito internacional, sino que los valores occidentales de libertad, democracia e independencia nacional, que forman parte de nuestro ADN, están sometidos a una crítica permanente. No paramos de leer y oír hablar de la erosión de las democracias liberales, del surgimiento de regímenes iliberales, autoritarios o abiertamente autocráticos, en un mundo que también algunos han llamado de los «grandes hombres fuertes»: Putin en Rusia, Trump en Estados Unidos, Erdogan en Turquía, Modi en la India, Bolsonaro en Brasil… Es un mundo que ha puesto sobre la mesa una manera de hacer política y de entender la política que se distancia de manera notable de lo que consideramos nuestros valores europeos democráticos liberales.

Si pensamos en todo esto, creo que el panorama es complicado. No lo digo yo, evidentemente; lo dicen gentes mucho más relevantes en estos debates. Es una situación suficientemente complicada como para que nos hagamos cuestión de ella, es decir, para que debatamos. Antes comentábamos que había muy pocos actos hoy en Madrid en el día de la Unión, en el día de Europa. Pues bien, yo creo que mantener esta reflexión, este debate sobre lo que es Europa, lo que queremos que sea Europa y qué debe hacer Europa en la situación que tenemos ahora mismo, es muy importante.

**Pablo Martín-Aceña**

Gracias, Mercedes. Como has mencionado a Javier Solana, cito un artículo que publicó justamente hace un mes celebrando los treinta años del Tratado de Maastricht, que decía: «Treinta años después de la firma de Maastricht, la UE ha conseguido mucho, pero no podemos caer en la autocomplacencia. Otra vez estamos ante el imperativo de restaurar la paz en Europa y de extenderla». Tomás ¿tú qué piensas sobre estos asuntos?

**Tomás de la Quadra-Salcedo**

Antes de nada, muchas gracias a la Residencia y a ti, Pablo, por esta invitación. Uno se encuentra en un acto como este como obligado a adoptar una posición de celebración: porque es el Día de Europa, hay que «celebrar Europa». Y, efectivamente, lo celebramos. Especialmente en España, porque la sensación que tenemos en España es muy particular. Al menos los que vivimos esa época de marginación de Europa previa a la incorporación. Estábamos viendo cómo se construía Europa, primero con el Tratado de la CECA, EURATOM y CEE, y después con el Tratado de la UE, mientras nosotros quedábamos fuera porque éramos una dictadura. Por tanto, cuando en junio de 1985 firmamos el tratado de adhesión, aquello era como llegar al paraíso. Ciertamente ya habíamos llegado a la democracia en 1977 con las elecciones, y luego con la Constitución, pero acceder a Europa tuvo un significado muy especial y, por tanto, hoy sigue siendo un día de celebración.

Pero, claro, puede ser como los cuentos de los abuelos; estamos tal vez contando cuentos a los jóvenes becarios y tenemos que ser capaces de preguntarnos qué nos está pasando hoy. Es un día de recuerdo y celebración, pero debe ser también un día de reflexión preocupada. Preocupada por las cosas positivas que hay –problemas que hemos ido afrontando y que hemos superado, afortunadamente–, pero que no nos pueden hacer olvidar que aquí hay un futuro que les toca resolver a los jóvenes y que lo único que podemos hacer es preguntarnos cómo pensamos que se debe resolver este futuro.

Europa ha pasado por muchas crisis, pero últimamente las que nos han tocado –y que conocen los jóvenes– son fundamentalmente tres: la crisis económica de 2008, fatalmente llevada; la salida de Reino Unido de la UE y la pandemia –afortunadamente bien llevada, creo yo– que, aunque con errores también, apunta a líneas positivas de futuro.

Junto a estas tres crisis –me permito llamarlas así porque creo que popularmente todo el mundo lo aceptaría– hay también, y no sé cómo llamarlas, circunstancias que creo que son preocupantes y muy determinantes de cara a un futuro que podría resultar inquietante. Una es el resurgimiento del nacionalismo, independientemente de su connotación ideológica, ya que hay nacionalismo de derechas y de izquierdas. Otra es el tema de la inmigración y las crisis que ha producido y, finalmente, tenemos la guerra de Putin, a la que hemos hecho referencia. Conviene hablar siempre de la guerra como «la guerra de Putin» para no sembrar la confrontación: no es la guerra de los rusos contra los ucranianos, es la de Putin. Por más que una parte muy relevante de los rusos le apoye, ese apoyo exige matizarse cuando estamos ante una dictadura. Aquí tenemos la experiencia de la plaza de Oriente a la que iba mucha gente a aplaudir a Franco porque no tenían otra información u otro modo de conseguir dicha información.

Sonsoles Ginestal, Paula Martín y Leia Jiménez, becarias de la Residencia de Estudiantes, tras su participación en la celebración del Día de Europa, 9 de mayo de 2022.

Con esas cautelas, pasemos primero a la celebración, a la parte positiva. Celebración por las enormes cosas conseguidas y, desde luego, como españoles no podemos negar que ha sido fundamental la integración en Europa para nuestro desarrollo, nuestra adaptación, nuestra presencia en el mundo, etc. Sin perjuicio –insisto– de reconocer los errores y excesos que ha podido haber –y a algunos podemos referirnos después–, ha habido avances que no se pueden desconocer.

También porque, en el mundo en que estamos globalizados en este momento, en este mundo que tiende a ser bipolar –Estados Unidos y China–, o se está en una potencia regional o no se es nadie. Esto afecta a los nacionalismos en el momento actual: no es la época de los imperios a los que Mercedes se refería, es una época en la que, con la amenaza nuclear, con el tipo de guerras híbridas que son las que nos amenazan, hay que estar en algún sitio como potencia regional. O se está ahí o no se está y, por tanto, poner trabas a esa presencia es, diría yo, suicida y, por consiguiente, algo que hay que evitar. Luego insistiré un poco más en qué medida me parece que la UE, además de estas razones de tipo general, ha hecho cosas importantes y está prometiendo hacer cosas –yo diría que a raíz especialmente de la crisis de la COVID– que suponen un cambio muy importante que hay que señalar.

Me centraré ahora en lo que he llamado «preocupaciones». Preocupaciones por las crisis. Aparentemente la crisis de la salida del Reino Unido la hemos superado. Hemos salido realmente bien, no ha provocado una desunión en el seno de la UE, hemos reaccionado, pero hemos perdido un país importante. Hemos asistido a una respuesta unitaria a las pretensiones del Reino Unido que no nos han desunido internamente en relación con las consecuencias post-Brexit. Sin embargo, creo que algo se ha quedado. Ha quedado una semilla en la UE, que es la semilla de un cierto nacionalismo. No solo el nacionalismo británico –podríamos decir–, que también lo están sufriendo Irlanda del Norte y Escocia, sino que esa semilla del nacionalismo tiene efectos en algunos de los Estados miembros. Lo vemos en algunos países del antiguo Este como Polonia o Hungría. Ellos no van a irse, sin duda, porque eso sí sería suicida –a diferencia del Reino Unido, no pueden permitírselo–, pero hay ahí una cierta sensación de nacionalismo. Y, en cierto modo, es posible que haya tomado nota también de esa especie de vuelta al nacionalismo la derecha francesa, que siempre ha sido muy nacionalista, al menos desde que los Le Pen campean por Francia. No creo que el caso de Mélenchon o de la izquierda francesa se deba a eso, sino a otras razones en las que luego me detendré. Pero, en fin, se trata de una crisis que se ha sorteado relativamente bien, pero que ha dejado ahí unas semillas que creo que no son nada positivas.

Qué decir de la crisis económica del 2008: creo que nada bueno. Se ha adoptado una solución a la crisis de ensimismamiento, de recetas ortodoxas que no han tenido en cuenta los problemas de la gente ni el principio de solidaridad que inspira a la UE,

al menos la inspira claramente desde el Acta Única Europea, desde Maastricht y los tratados sucesivos. La crisis de 2008 que ha dejado a mucha gente en la cuneta.

Y, finalmente, la crisis de la pandemia, que ha provocado una respuesta distinta y yo creo que muy positiva. No digo que no haya habido errores –sin duda, los ha habido–, pero en el plano sanitario se ha dado una respuesta muy positiva. Y no digamos ya en el plano económico y social: la respuesta a la crisis, los programas de ayuda al desempleo que generaba la pandemia, etc., han sido una respuesta ejemplar. Debo decir que probablemente ahí España, Italia –los países del sur– han tenido un papel muy importante cuando en mayo de 2020 empieza a debatirse sobre qué es lo que hay que hacer, cómo superar no solo la pandemia, sino los daños a la economía derivados de ella. Y aquí se da una respuesta que deja de ser ortodoxa o ultraliberal para pasar a ser solidaria, que creo que sí ha desplegado sus efectos sin perjuicio de que pueda haber más o menos errores.

La guerra de Putin nos plantea también un reto que tiene que ver con qué respuesta es la que hay que dar, y esto ha provocado alguna división. Estoy hablando ya de tiempos plenamente actuales. Lo vemos en España y en el resto del mundo. En España –y en general en Europa– hemos visto que la respuesta institucional ha sido también unitaria, unánime: hay que ayudar a Ucrania. Con algunos matices, en el plano de la sociedad o de los actores políticos la respuesta no ha sido tan unánime. Aunque unitaria, ha dejado escuchar voces discrepantes relacionadas con algunos reproches por las ayudas en armamento que se han hecho por la UE, como también la ha habido, por cierto, en la sociedad y fuerzas políticas de Alemania y Francia. Ayer Habermas, en el artículo que ha citado antes Mercedes, hacía un reproche a aquellos que pedían más implicación diciendo: «probablemente no podemos implicarnos más, porque lo que está en juego es una guerra nuclear». Probablemente también reprochaba a aquellos que piden todavía más sanciones, porque no se trata de que Alemania se pegue un tiro en el pie y que lo pegue también al pie de Europa. Sería algo más que un tiro en el pie, sería más bien en la rodilla. Las medidas hay que tomarlas con cuidado, no sea que con tal de castigar y limitar la capacidad de armamento de Rusia también nos estemos debilitando nosotros y, por tanto, favoreciendo otras alternativas. Es lo que venía a decir Habermas: hay que ser realistas en la respuesta. También aquí, y desde otro punto de vista, ha habido alguna respuesta muy poco matizada en torno a pedir la paz a toda costa, sin plantearnos qué paz es la que queremos. Porque podía haber paz con tres opciones por las que habría que decidirse: la primera es volverse de espaldas y mirar para otro lado –es una opción con la que no podríamos dormir por las noches, porque no es paz el cese del sonido de las armas debido a la aniquilación del débil por parte del atacante infinitamente más fuerte y no se puede dejar que un vecino poderoso machaque a una población indefensa con un argumento insostenible; la segunda,

implicarnos directamente para imponer la paz con las armas, que también es inviable por el riesgo de una guerra nuclear, y la tercera –menos mala y probablemente la que se ha tomado– es enviar ayuda, tanto en forma de armamento como sanitaria o para la reconstrucción y acogimiento de la población que emigra. Por lo tanto, el reproche de Habermas no puede estar más justificado, pero nos llama la atención que no solamente vale para Alemania, sino para todo el mundo: vale para España y para Europa. Esto en cuanto a la guerra de Putin.

La otra circunstancia de la que he hablado es el crecimiento que se ha ido produciendo del nacionalismo. Es otro dato con el que tenemos que contar y que a mí es el que más me preocupa: el nacionalismo de derechas o de la ultraderecha, por afinidades con Putin. Y no me refiero a afinidades de financiación –se dice que alguna ha podido recibir–, sino fundamentalmente a afinidades en razón del gusto por el autoritarismo y, por tanto, por una democracia «iliberal». Esa tendencia la hemos visto y la hemos padecido en estos días de las elecciones francesas al ver como crecía, con el riesgo de las consecuencias de lo que podía ocurrir si se hubiera impuesto. Eso ya es preocupante, pero a mí me resulta igualmente inquietante, probablemente por su mayor proximidad, el nacionalismo populista de alguna izquierda. Es el caso de Mélenchon. No me estoy refiriendo a las reivindicaciones sociales, cuyo objetivo podría en ocasiones compartir –aunque no comparta los medios, porque me parecen populistas, ni aspectos antieuropeos de su programa–, sino a algo que creo que nos debe preocupar como europeos en el día de Europa y que es una cierta voluntad de decir «como esto no me satisface del todo, hay que hacer lo posible para, de alguna forma, quitar competencias a Europa como sea». En el programa con que se presenta Mélenchon a las elecciones habla de un «plan A» que es llegar a acuerdos con todos para disminuir y quitar competencias a la UE de forma que no se entrometa en temas que son o deben ser de los Estados y las nacionalidades, y un «plan B» que consiste en que, si no se llega a un acuerdo para cambiar los tratados en esa línea del «plan A», se trataría de incumplir las normas y directrices de la UE.

El primero es irrealizable. No ya porque no se vaya a conseguir –dudo que los demás fueran a aceptar de buen grado reducir competencias de la UE–, sino porque me parece que todo lo que sea disminuir las competencias de la UE es desmantelar el poder de esta instancia regional. Es decir, que dejaríamos de ser una potencia regional para pasar a ser alguien con quien no se pueda contar en el mundo actual y, por tanto, me parece que eso es irrealizable y dañoso para la UE y para todos sus miembros.

Este es el nacionalismo que me preocupa más: tiene que ver con una reflexión sobre el populismo que descansa en una cierta creencia en que el mundo es perfecto. Y el mundo no es perfecto. Como decía Berlin en *El fuste torcido de la humanidad,* «la experiencia más común que tenemos es que las cosas no siempre son coherentes en

un mundo que no es perfecto». No es coherente que nos guste el chocolate y que nos pueda sentar mal. No siempre hay coherencia en el mundo, desde esa experiencia más común hasta la experiencia que estamos padeciendo ahora: no siempre hacer lo mejor –que sería, tal vez, defender directamente con las armas a Ucrania– guarda coherencia con cumplir unas normas del derecho internacional y evitar meternos en una guerra nuclear.

No siempre hay coherencia. Una cosa que puede ser moralmente lo conveniente puede no ser aquello que debamos hacer por otras razones, atendidas las consecuencias rechazables que puedan tener. En la vida diaria constantemente estamos eligiendo cuál de las dos cosas hay que hacer. Hace poco hemos tenido la experiencia de la reforma laboral. ¿Qué es lo mejor? A veces, por querer lo mejor o lo más perfecto se deja pasar la ocasión de introducir mejoras sustanciales y se llega al disparate de no reformar nada, manteniéndose en lo peor e impidiendo, adicionalmente, la obtención de fondos de la UE condicionados a tal reforma.

**Pablo Martín-Aceña**

Vamos a dar la palabra a los jóvenes becarios de la Residencia de Estudiantes y luego seguimos nosotros. En primer lugar: Paula Martín Rodríguez, becaria del Ayuntamiento de Madrid en la Residencia en la modalidad de Ciencias Sociales y Humanidades, que está realizando una tesis doctoral que lleva el título *Isidro Gálvez y los dibujantes de la Flora Peruviana et Chilensis.*

**Paula Martín Rodríguez**

Vengo a dar una visión, en parte en representación de la juventud, que es un poco pesimista. Como ha dicho Tomás al principio de su intervención, los jóvenes nos hemos criado en un entorno que ha sido bastante definitorio para nuestra ideología, para nuestras ideas y para nuestra manera de ver el mundo y de ver Europa. Los que tenemos ahora entre veinte y treinta años crecimos con la crisis de 2008, cuando teníamos de diez a quince años y empezamos a plantearnos nuestras primeras ideas políticas. Empezábamos a ver cómo funcionaba el mundo, veíamos que nuestros padres, nuestras familias se quedaban en el paro –muchos durante mucho tiempo– y cómo esta situación iba afectando a nuestro círculo más cercano. Cuando parecía que la cosa empezaba a mejorar, que acabábamos nuestros estudios y que podía llegar un poco de esperanza, llegó la pandemia y nos cortó toda esa ilusión que podíamos tener algunos jóvenes que empezábamos a dar nuestros primeros pasos en el mundo laboral.

Hemos vivido una serie de crisis que nos han afectado mucho siendo muy jóvenes y las noticias de todas esas crisis nos han bombardeado con una imagen bastante negativa y pesimista de Europa. Europa como una institución que castiga, que pone san-

ciones, que divide entre países ricos y países pobres, países del sur y países del norte, y que hace que nosotros empezásemos a sentir una sensación bastante importante de desencanto con ella; que nos sintiésemos desamparados, porque al final, si desde los quince años hasta los veinticinco toda la visión que tenemos de Europa es de restricciones, esto hace que nos acabemos desinteresando tanto por la UE como por todo lo que conlleva.

Algo muy común es llamarnos, a la generación de los jóvenes de hoy, la generación Erasmus. Porque supuestamente nos hemos beneficiado del Programa Erasmus y, como el Programa Erasmus existe, ya todos nos tenemos que sentir muy europeos porque se supone que hemos viajado. La realidad es que solo unos cuarenta o cincuenta mil jóvenes se benefician al año en España del Programa Erasmus. Eso es una cantidad mínima teniendo en cuenta que ahora mismo en España hay siete millones de personas menores de veinticinco años. No es nada representativa. Sin embargo, cuando hablamos de la juventud, hablamos de que viajamos por Europa, podemos beneficiarnos del Programa Erasmus, podemos ir de un país a otro sin tener que usar pasaporte, sin tener que cambiar la divisa –que sí, es muy cómodo–, pero la realidad es que la mayoría de los jóvenes –el 30 % en España– están en situación de desempleo y no se pueden permitir salir de España. Esta situación que hemos vivido desde pequeñitos y el índice de desempleo actual hace que nos sintamos realmente desesperanzados por Europa, con Europa, porque sentimos un poco que nos ha abandonado, que no nos representa y que hace que nos liguemos más a lo local, a nuestras ciudades, a nuestras casas, a nuestra tierra. Aquello que tenemos más cercano y que nos hace sentir más cómodos.

**Pablo Martín-Aceña**

Damos la palabra ahora a Sonsoles Ginestal Calvo, becaria del Ministerio de Ciencia e Innovación en la Residencia de Estudiantes, también en la modalidad de Ciencias Sociales y Humanidades, quien está desarrollando una tesis con el título *La génesis del concepto de creencia en el pensamiento de María Zambrano*. Sonsoles, tienes la palabra.

**Sonsoles Ginestal Calvo**

Muchas gracias a todos y buenas tardes. Yo quería hablar del tema de la política exterior de la UE, también por introducir un poco un germen de escepticismo en la cuestión del *status* de Europa a nivel mundial ahora mismo y de lo que decía Pablo Martín-Aceña de que Europa está aquí para quedarse, que ojalá siga así, desde luego. Pero, si hablamos de Europa y de los valores europeos como esos valores ilustrados de conservación, de velar por el Estado de derecho, de las libertades, la solidaridad, la igualdad, etc., entonces sí que creemos. Y esto creo que es muy común a los jóvenes,

porque ha surgido en la conferencia que mencionaba Mercedes Cabrera sobre el futuro de Europa: que los jóvenes realmente no ven o que sienten una cierta inseguridad sobre la capacidad que tiene Europa a nivel mundial para hacer valer esta ideología, que es la que consideramos netamente europea y común.

Se plantea entonces aquí la cuestión de las alianzas, o sea, tiene que existir una política exterior común de la UE, porque muchas veces vemos que los propios Estados miembros toman posiciones particulares. En cierto sentido es inevitable, porque la soberanía de los propios Estados está ahí y se tiene que conservar, pero sí echamos en falta una política exterior común de la Unión que haga valer estos derechos y libertades. Esto contrasta mucho, a nuestro modo de ver, con alianzas como la que tenemos con Estados Unidos, principalmente porque la política exterior de los Estados Unidos muchas veces no exhibe unos valores precisamente democráticos, que son los que supuestamente nosotros defendemos. Entendemos la alianza con Estados Unidos dentro del contexto histórico que ha vivido Europa, principalmente después de la Segunda Guerra Mundial, pero también consideramos que la UE debería ser más fuerte, no como Estado –no es un Estado–, pero sí como una unión propia dentro del panorama mundial, y no sólo que actúe por su cuenta en el panorama geopolítico. Esto se ha echado en falta, a raíz de lo que decía mi compañera Paula, por ejemplo, en otra de las cosas que se ha visto en los paneles ciudadanos que ha impulsado la conferencia sobre el futuro de Europa: que los jóvenes españoles en esta conferencia han tenido una participación muy baja. España está, dentro de los veintisiete Estados miembros de la UE, en el puesto número veintidós de participación juvenil en la conferencia sobre el futuro de Europa.

Esto es un problema, y lo es porque además los jóvenes no conocen las instituciones europeas –estoy hablando un poco en general, obviamente hay jóvenes que sí, que están interesados–, pero muchos no conocen realmente las instituciones europeas principales, como el Parlamento, y es una herramienta realmente importante para que nosotros también, como jóvenes que van a vivir en Europa –esperemos que mucho tiempo– podamos colaborar y participar en lo que creemos que tendría que ser el futuro de Europa.

No sabemos cuál es la solución para que Europa cobre mayor peso a nivel mundial, no como fuerza bruta, sino precisamente como valedora de estos derechos y de estos valores democráticos e ilustrados.

**Pablo Martín-Aceña**

Leia Jiménez Torres también es becaria del Ministerio de Ciencia e Innovación en la Residencia, y está realizando una tesis doctoral con el título *El nuevo modelo educativo del Egipto tardoantiguo, a partir de la documentación papirológica.*

**Leia Jiménez Torres**

Muchas gracias por darme la oportunidad de hablar aquí hoy. Muchas veces, cuando hablamos de la UE –y sobre todo en días como hoy en que celebramos Europa–, las valoraciones que hacemos de ella suelen tener, en general, un tono ditirámbico, laudatorio. Como ahora comentaban ustedes, Europa encarna los valores de la libertad y la solidaridad; incluso en 2012, la UE fue merecedora del Premio Nobel de la Paz que, como sabemos, es el máximo reconocimiento que puede tener una institución o una persona en este sentido. Y yo creo que los jóvenes, incluso aquellos que por suerte hemos tenido la oportunidad de vivir en otros países de la UE y, por lo tanto, sí que sentimos cierta pertenencia a Europa, no podemos evitar sentir un cierto escepticismo hacia las instituciones europeas y lo que simbolizan. Porque, parafraseando a Judith Butler en su libro *Frames of War*, cuando hablamos de derechos, cuando hablamos de valores, cuando hablamos de reconocimiento de las vidas, tenemos que pensar siempre en quién participa de estos derechos, de estos reconocimientos, pero sobre todo en quién no, y la guerra de Ucrania está siendo un ejemplo más de este doble rasero que seguramente cruza Europa y que queda patente en las imágenes de refugiados que son escogidos en las fronteras según su color de piel: los de tez blanca pasan, mientras que los afganos y sirios se quedan.

Hay imágenes y testimonios de los centros de internamiento de refugiados de toda Europa y, en concreto hablo del caso de Alemania, donde los refugiados ucranianos están en unas dependencias distintas que los de Siria, Afganistán o los provenientes de otros conflictos bélicos. Concretamente, según los datos del Missing Migrants Project de Naciones Unidas, desde 2014 han muerto en el Mediterráneo –intentando llegar a Europa– veintitresmil novecientas ochenta personas. En Canarias, han muerto dos mil setecientas veintitrés, a las cuales hay que sumar cuarenta y cuatro más en el día de hoy. Cruzando fronteras dentro de Europa –donde teóricamente el Tratado de Schengen permite la libre circulación entre todos los países, una libre circulación por cierto que está reconocida en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que también en su artículo 14 reconoce el derecho al asilo– desde 2014 han muerto, a día de hoy, 814 personas. Y concretamente en el caso de España, que es el país que mejor conocemos, existen ocho Centros de Internamiento para Extranjeros donde, según datos del Ministerio del Interior, en la última década no se ha repatriado entre el 40 % y el 70 % de los internos que allí se encuentran, y que están sometidos a tratos vejatorios, maltratos, palizas e incluso muertes, y eso con la connivencia del Estado y de las instituciones no solo estatales, sino europeas.

Debido a la situación de Ucrania, hemos hablado también de la cuestión de la ayuda humanitaria, de la solidaridad e incluso de las ayudas en armamento. Creo que habría también que destacar o tener en cuenta que, a raíz precisamente de este conflicto

bélico en Ucrania, se han reducido las ayudas humanitarias para otros conflictos de guerra en el mundo. Por ejemplo, el World Food Programme de la ONU ha reducido la ayuda humanitaria en Yemen y, a causa de esto, trece millones de personas pasarán hambre. Un país con una población de treinta millones, de los cuales quince necesitan ayuda humanitaria, pues trece de estas quince no recibirán ayuda del World Food Programme de la ONU. También se han reducido las ayudas humanitarias para la guerra en Siria y, por dar cifras, en la guerra de Yemen han muerto ya unas cuatrocientas mil personas, de las cuales un 70 % por ciento eran niños, según datos de la ONU.

En Siria han muerto más de seiscientas mil personas, de las cuales ciento sesenta mil son civiles, y tengo que recordar aquí, además, que los Estados miembros de la Unión están exportando armas a Arabia Saudí y a Israel. Arabia Saudí es una potencia decisiva en estos dos conflictos bélicos –tanto en Yemen como en Siria– y recuerdo que en 2014 se firmó el Tratado sobre el Comercio de Armas por ciento once países –entre ellos, los veintisiete de la UE–, que prohíbe la exportación de armamento «en países donde se cometen violaciones de los derechos humanos o crímenes de guerra», entre ellos la muerte de civiles. Actualmente, Arabia Saudí es el segundo mayor importador de armas del mundo y el primero de España.

**Pablo Martín-Aceña**

Gracias, Leia. Me complacen y me animan vuestras críticas, aunque también me preocupan. Abrimos ahora el debate, si os parece. La idea de invitar a los becarios de la Residencia era precisamente para oír esta visión diferente, menos complaciente y de descreimiento en la UE. De la ausencia de cohesión, de las contradicciones, de los fallos; es decir, celebramos Europa, pero también debemos reconocer los peligros y amenazas que nos acechan. Vosotras hacéis bien en ponerlas de relieve. Yo he dado una visión optimista, pero soy consciente también de estas amenazas y de un futuro que está lleno de incertidumbre. Yo soy un creyente –por así decirlo– de la Unión, y creo que va a resistir como lo ha hecho hasta ahora, porque embates ha tenido muchos, pero vosotras lo que ponéis de relieve es, no la parte negativa, sino la parte en la que están los fallos: en política migratoria, en asuntos presupuestarios, en los aspectos militares y en la cuestión de la ayuda exterior.

Mercedes, Tomás: ¿por qué los jóvenes tienen esta actitud tan crítica y descreída, hasta el punto de no sentirse ciudadanos de Europa, pese a que, por ejemplo, Leia ha pasado mucho tiempo en Berlín y es una ciudadana europea?

**Mercedes Cabrera Calvo-Sotelo**

Creo que en general –y me parece estupendo– los jóvenes deben ser exigentes. Tienen una capacidad de percibir errores y fallos que, a lo mejor, los que participamos

en lo que explicaba Tomás y nos acordamos de aquello que decía Ortega de «España es el problema, Europa la solución» quizás no percibimos. Somos conscientes, por ejemplo, de los fallos de una política migratoria en Europa que en realidad no existe. Es más que evidente. Y hay muchas llamadas de atención sobre el asunto, que jamás se ha resuelto. No es solamente un problema de política europea, sino que se ha convertido en un instrumento muy útil para determinados movimientos políticos de la extrema derecha para criticar a los sistemas democráticos, promoviendo ese nacionalismo del que ha hablado Tomás. Y esto es un gravísimo problema.

En cuanto a la baja participación de los jóvenes españoles en la conferencia, no sé cuál ha sido el mecanismo de participación, si son los que menos han participado porque no han querido, porque no han podido, porque no han sabido o porque no se les ha llamado. La política migratoria y sus fallos causa una enorme preocupación porque, repito, el tema migratorio es carne de cañón para los movimientos populistas de extrema derecha en todos los países, y paradójicamente lo es especialmente en aquellos en los que los porcentajes de población inmigrante son bajos, porque eso también ocurre.

Y luego habéis apuntado otro problema que también creo que es muy importante: ¿por qué Europa no hace más? Es decir, ¿por qué no es más fuerte?, ¿por qué no se la escucha más?, ¿por qué los valores europeos no tienen capacidad de contagio? La cuestión es: ¿quién es fuerte en un orden internacional como el actual?, ¿quién tiene capacidad para hacer o no hacer? Me temo que, lamentablemente, tienen capacidad los que tienen poder militar y Europa, como decía Habermas en su artículo, ha vivido en una época postheroica; algo muy encomiable, porque Europa era fundamentalmente defensora de la paz, pero eso ha significado que ha dependido militarmente de Estados Unidos. No sé cómo se revierte eso, si es que se trata de revertirlo.

**Pablo Martín-Aceña**

A mí me sorprende que después de setenta años no se haya gestado una especie de conciencia de pertenencia a la UE. No lo entiendo. Es verdad que tiene muchos fallos. Los historiadores económicos estamos acostumbrados a plantear contrafactuales. ¿Cómo estaríamos ahora en Europa y el mundo si no se hubiera creado la UE? Es un contrafactual que a lo mejor no se puede estimar, no se puede calcular donde estaría el PIB español, el de Francia o el de la UE, pero puede uno conjeturar que nuestra vida sería peor. No sé cuánto peor, pero peor. No lo digo por los jóvenes, lo digo por la ciudadanía europea en general, jóvenes y no jóvenes. Yo creo que algunas críticas y comentarios negativos se dan por falta de perspectiva histórica. Pongámonos en la Europa de 1950, o lo que ha dicho Mercedes, la Europa cuna de la guerra, de los conflictos bélicos permanentes. Y es verdad que tenemos el permanente conflicto de los

Pablo Martín-Aceña, Mercedes Cabrera, Alicia Gómez-Navarro y Tomás de la Quadra-Salcedo, en la Residencia de Estudiantes, 9 de mayo de 2022.

Balcanes, la irresuelta cuestión de Irlanda, ahora Ucrania…, pero es un mundo mejor para nosotros, para la mayoría de los ciudadanos europeos y españoles.

**Tomás de la Quadra-Salcedo**

Retomando lo que decía Mercedes, sobre «somos el problema, Europa la solución», yo creo que Ortega sigue diciendo «pero la modelo se nos volvió loca» con el nazismo. Yo no quisiera que la modelo se nos vuelva loca. El tema es que todos los problemas que han apuntado son reales. El de la juventud, para empezar, el más lacerante. Ursula von der Leyen ha proclamado que el año en el que estamos es «el año de la juventud». Bonitas palabras, pero ¿para qué sirve eso? Al menos sirve para decir «somos conscientes de que hay un problema con la juventud» y todos los que estamos en la Universidad –bueno, yo ya como emérito– tenemos o teníamos a veces la sensación de «bueno, a estos chicos ¿qué futuro les espera?». No va a ser tan fácil como el que tuvimos nosotros cuando teníamos su edad, incluso tampoco el que nuestros hijos han tenido. Entonces, ¿qué futuro les espera y para qué sirve decir que es el año de la juventud? ¿Para qué sirve firmar un tratado de prohibición de armas? Pues sirve, al menos, para tomar conciencia y poner una marca o un objetivo. Después ya podemos decir «usted ha firmado un tratado y no lo cumple». Tenemos que ir poniendo picas –no digamos en Flandes, que probablemente no es políticamente correcto–, pero hay que ir poniendo picas y marcadores. Me preocupa que la modelo se nos vuelva loca y creo que la juventud lo que tiene que hacer es denunciarlo.

Pero yo creo que hay dos cosas, dos límites o dos tentaciones, usando los términos de Todorov: «la tentación del bien» y «la tentación nihilista». Hay que luchar por el bien, pero la tentación es pensar que eso es un absoluto que solo puede conseguirse de forma total y de una vez por todas, y que todo lo que no sea eso es una traición. Esa forma de ver las cosas solo tiene dos salidas: la del que se inmola y pone una bomba porque ve que el bien, tal y como él lo concibe, no es posible alcanzarlo –son aquellos que denunciaba ayer Habermas, que dicen «no, hay que ayudar más» y a los que Habermas responde «esto tiene un límite, sea usted realista», que piensan que hay una opción que moralmente creen que es correcta y quieren seguirla hasta el final, aunque eso nos lleve al desastre– y los que caen en la tentación nihilista de decir «como aquí no sirve nada para nada, todo es un desastre, todo funciona mal… derrumbemos el edificio».

Los jóvenes tienen que denunciar lo que no funciona, pero ser conscientes de que hay unos límites y no caer en «la tentación del bien», ya que nos lleva a la incapacidad para negociar una transacción con la realidad. Hay cosas que no se pueden solucionar de una vez por todas. Probablemente, la composición del mundo vaya cambiando con los años, y al final vaya a ser un mundo universal donde todos estemos mezclados con todos. No sé cuándo será, pero sí sé que aún queda tiempo para que suceda. No nos

desesperemos, no caigamos en la tentación del bien y menos todavía en la tentación nihilista de destruir la UE que, a veces, también anda por ahí.

**Pablo Martín-Aceña**

Esa es la cuestión. Reconozcamos los errores y veamos cómo se pueden resolver, pero si ponemos en una balanza el debe y el haber de estos pasados setenta años, el haber, a mi modo de ver, supera con mucho al debe. Es cierto que, en los últimos treinta años, desde el Tratado de Maastricht, han surgido incidentes muy graves: la crisis económica y financiera de 2007-2012, que fue muy larga, muy dura y estuvo muy mal resuelta –podría hacer alguna crítica a la crítica que ha hecho Tomás desde el punto de vista económico, no creo que todo se hiciera mal–, luego la pandemia, seguida de la guerra en Ucrania. Comprendo que para los jóvenes que tienen menos de treinta años ha sido una hecatombe, un desastre. Pero me gustaría también abrir un poco el debate. Si a alguno de los asistentes les gustase hacer alguna pregunta, comentario u observación es el momento.

**Una persona del público [Sheherezade Pinilla]**

Yo quería hacer un subrayado al tan citado artículo de Habermas que se publicó ayer en *El País*, porque en ese artículo, que está plagado de astucias retóricas, Habermas venía a contraponer a pensadores realistas y utópicos. Y Timothy Snyder –que es un autor con el que he tenido la oportunidad de trabajar recientemente– habla mucho de este asunto en su libro *El camino hacia la no libertad*, es decir, de las fábulas de los realistas y de la fábula de la nación sabia. Dice que las naciones europeas han sostenido su posición en el mundo, su autopercepción, a partir de la fábula de la nación sabia, que ha aprendido la lección de la paz por la experiencia de la guerra. Y añade que las naciones europeas ni son sabias ni son naciones; que el proyecto europeo es un proceso de integración de viejos imperios. Mi planteamiento es el siguiente: si estamos ante una coyuntura o ante el «acontecimiento» que va a provocar un salto en la construcción europea a partir de la transformación de Europa en actor geopolítico, muy bien, pero eso es un salto de formación imperial, no de democracia. Vamos a poder resolver el papel de Europa como potencia regional, pero no vamos a poder resolver toda esa serie de demandas, críticas y errores que han señalado los jóvenes. Es decir, Europa ha de construirse en un equilibrio político, en defensa de la democracia y, eventualmente, ejerciendo un papel geoestratégico. Pero sin esa otra construcción política de ciudadanía, de desarrollo de una vida digna que la tradición europea ha venido sosteniendo como propia, evidentemente el campo a los populismos y a la erosión de la legitimidad de las democracias representativas está abierto.

**Otra persona del público**

Bueno, mi pregunta es más de ciudadana de la calle. En general todos vemos que Europa está perdiendo presencia en el mundo. Hay como una pugna importante entre qué es lo que va a pasar con el mundo oriental y el mundo occidental y los valores de la cultura de los países de Europa y Norteamérica respecto a los países asiáticos. ¿Cuál va a ser el papel de Europa, sobre todo en el mundo y en lo que parece que va a ser el segundo conflicto –probablemente bélico– que se está gestando ahora en Asia con el tema de Taiwán?

**Mercedes Cabrera Calvo-Sotelo**

Sobre la intervención de Sheherezade, estoy sustancialmente de acuerdo. Creo que en el juego nación/imperio, que es un tema que efectivamente desarrolla Snyder, me parece muy oportuno y además se podría aplicar también de puertas adentro, de Europa y de cada uno de los países, quiero decir.

En cuanto a la última pregunta, supuestamente Europa perdió su hegemonía de un siglo para acá, y podríamos decir que no ha dejado de hacerlo. Sin embargo, también creo que la existencia de la UE le ha permitido un protagonismo mayor del que se auguraba cuando se termina la Segunda Guerra Mundial. Es decir que, en ese mundo de los dos grandes bloques, la unión de los países europeos permitió que Europa siguiera ocupando un espacio, pero ya no estamos en un mundo de dos bloques, ni siquiera en un mundo unipolar de Estados Unidos como única potencia, sino que estamos en un mundo multipolar.

Finalmente, me ha sorprendido la mención que habéis hecho a Estados Unidos, porque me ha sonado a antiamericanismo. Efectivamente, la política exterior de Estados Unidos ha sido lo que es para bien y para mal; entiendo la crítica, pero ahora mismo el problema para Europa no es su dependencia de Estados Unidos, sino buscar su espacio en un mundo multipolar, y el problema fundamental de Estados Unidos –bueno, le ha salido de repente este «pequeño» problema con Ucrania– es la competencia con China. Y Europa ¿dónde está?

**Pablo Martín-Aceña**

Es cierto que Europa, en general, ha ido perdiendo peso, pero es que como contaba tanto en el mundo, no debe extrañarnos que el despertar del mundo asiático –de China en particular–, Latinoamérica o África le haya empujado a una decadencia relativa. El modelo al que Tomás de la Cuadra se refería no creo que se haya derrumbado. Europa sigue siendo –y en particular la UE– un modelo de sociedad, un polo de atracción. Sigue queriendo venir mucha gente. En el resto del mundo se quiere vivir –creo yo– como se vive aquí. Ese es uno de los problemas que tenemos, el de la conti-

nua corriente migratoria: que mujeres y hombres de otros continentes quiere venir a Europa, quizá con la excepción de los estadounidenses. Europa, y en particular la UE, es un polo de atracción y su *modus vivendi* un modelo a imitar. Nos ampara la división de poderes de la que hablaba Montesquieu. Un modelo en el que hay seguridad jurídica. Un europeo de Portugal, Países Bajos, Dinamarca o Finlandia goza en España de los mismos derechos y protección que un habitante de cualquiera de los pueblos de nuestra geografía. No se preocupan por su seguridad jurídica, por sus derechos ciudadanos. Tenemos la seguridad jurídica asegurada. Si vamos a Afganistán o Irán, sí tenemos que preocuparnos, lamentablemente.

**Tomás de la Quadra-Salcedo**

A propósito de la reflexión que Snyder hace sobre el tema de los imperios o de la ciudadanía. Yo creo que no es una contraposición real. Primero, porque en los imperios el ciudadano no pintaba nada; había súbditos en la época de los imperios. Segundo, porque yo creo que aquí estamos hablando de una UE que va a ser poder regional, de una parte, para defender la posición de Europa en el mundo, lo que no quita que no deje de ayudar al mundo: en el tema de las vacunas se ha visto también, aunque probablemente tenían que haber sido muchas más las que se exportasen. Pero, sobre todo, esa reconstrucción de un poder regional se basa en la ciudadanía, es decir, que no prescinde del ciudadano. Y, desde luego, está insuflada de valores gran parte de la producción normativa llevada a cabo por la UE en el ámbito de los derechos digitales, que tienen una enorme importancia en los programas Next Generation. Este tema tiene que ver con el Digital Services Act y Digital Markets Act y toda una serie de normas sobre inteligencia artificial que están siendo un referente yo diría que ético respecto a la posición de China, que no tiene ningún referente y que controla todo eso para controlar a la población, o de Estados Unidos, donde la controlan las grandes empresas privadas multinacionales. En Europa estamos en otra posición que pone al ciudadano en primer lugar y se busca garantizar sus derechos, no ya en su dimensión individual, sino también en la dimensión colectiva de la democracia, la dimensión colectiva del mercado mismo como generador de competencia, etc. Todo esto está en las propuestas de directivas, en los reglamentos que ya se han hecho y en los que están en curso, que indican que hay una percepción ética. Hay unos valores detrás que no encontramos ni en Estados Unidos ni en China ni en Rusia. Y no es que no los haya allí: hay unos que probablemente son insuficientes.

**Paula Martín Rodríguez**

Sobre lo que decía Pablo antes –viajar y salir de España–, tenemos que ser conscientes de que somos privilegiados. Pero también es cierto que hay muchos jóvenes en

España que salen a Europa en unas condiciones bastante precarias –a trabajar como temporeros en Francia, por ejemplo–, y que por mucho que no les haga falta usar el pasaporte y que la moneda sea la misma, se tienen que ir de su país en unas circunstancias que no son tan bonitas como irse de Erasmus. Es decir, que no siempre salir de España y vivir en otros países de la UE hace que alguien sea automáticamente más europeo. Esa es la realidad.

**Pablo Martín-Aceña**

Creo que cierras estupendamente el debate de hoy, así que solo me queda dar las gracias a Mercedes Cabrera, a Tomás de la Quadra Salcedo, a las tres becarias de la Residencia de Estudiantes (ha sido un privilegio escucharlas) y a todos los asistentes al acto.